

Crisis, crisálida, crisol

«Las cosas que nos destruirán son:
política sin principios,
placer sin conciencia,
riqueza sin trabajo,
conocimiento sin carácter,
negocios sin moral,
adoración sin sacrificio».

MAHATMA GANDHI (1869-1948)

Crisis, crisálida, crisol... Las tres palabras comparten la misma raíz etimológica. Transformación, alquimia, criba (también comienza por «cri»), nacimiento de una nueva conciencia *crística*, basada en el coraje, el amor, la conciencia, la libertad, la denuncia, el rigor, el fin de la miseria moral, que al fin y al cabo es la que engendra la miseria económica. Cuando esta nueva conciencia se encarne, cuando la crítica y el criterio se impongan, habremos culminado una revolución en la conciencia. Pero aún estamos muy lejos, me temo. Nos queda aún mucho trabajo por hacer.

Repito: crisis, crisálida, crisol, Cristo, crítica, criterio, criba nacen del prefijo sánscrito «Kri», que da voz a palabras tan bellas como *Kripa*, ‘misericordia’; *Kriya*, ‘acción del alma’; *Krit*, ‘fructificación’. El prefijo *Kri* genera voces que suponen una acción fructificadora, transformadora, compasiva, que provoca un renacimiento. En la etimología encontramos entonces el poder revolucionario y sanador de una crisis.

Pero las crisis como la vida sólo son buenas si las hacemos buenas los humanos. Y ahora recuerdo a Erich Fromm: «¿Es necesario producir seres humanos enfermos para tener una economía sana?», se preguntaba hace más de cincuenta años el señor Fromm. Su cuestión era aviso y augurio, y por desgracia se quedaba corta. Hoy, inmersos en una crisis económica de proporciones imprevisibles, cabría incluso redefinir esta pregunta y aumentar su nivel de acidez: ¿Es necesario producir seres humanos enfermos para tener una economía enferma?

Hasta hace apenas cuatro años vivíamos en un mundo donde los indicadores globales de riqueza se mantenían en alza dentro de un ciclo expansivo que duró casi tres lustros. Muchos sostenían que no había techo al crecimiento y respondían furibundos a cualquier consideración que llamara al sentido común, a la prudencia, a poner coto al liberalismo rampante, al crédito desbocado, al endeudamiento exagerado, a los sueldos y a las primas indecentes de muchos altos

directivos, a la recalificación urbanística salvaje de determinados territorios como «motor para la creación de riqueza», entre otros dislates financieros y económicos. Disparates que hoy vemos como evidentes, porque la toma de tierra que está provocando la caída libre y global que estamos viviendo es una bofetada que nos ha hecho abrir los ojos a todos, incluso a aquellos que ya ni se atreven a salir en la foto para predecir en qué escenario nos encontraremos dentro de un par de semanas porque la realidad los desborda día a día.

En ese marasmo de euforia económica parecía no haber mucho espacio para la reflexión serena. Se debía cabalgar en la cresta de una ola que crecía empujada por la embriaguez global, la ambición desmesurada, la percepción subjetiva de riqueza que generaba la extraordinaria facilidad de endeudamiento, pero también por la angustia y la ansiedad que nacen de la presión competitiva para sacar tajada de un pastel saturado de levadura que parecía crecer y no tener fin. Pero algo no cuadraba cuando, en paralelo, y contemplando otro tipo de indicadores —esta vez relacionados con la salud de la especie—, uno observaba estupefacto que las enfermedades psicológicas, la depresión, la angustia o las urgencias psiquiátricas se disparaban a un ritmo incluso mayor que los indicadores de aquello que se viene a llamar el «crecimiento económico».

Alfred Marshall, economista británico de finales del siglo XIX, probablemente el más brillante de su

época, afirmaba poco antes de morir: «He llegado a la conclusión de que la economía es un vano intento de narrar psicología». Marshall apuntaba que, en efecto, todo proceso económico no es más que la manifestación de un conjunto de procesos psicológicos, conscientes e inconscientes, individuales y colectivos. En este sentido se podría pensar que la crisis económica que estamos viviendo no es más que un síntoma, la punta del iceberg de un proceso mucho más sutil y complejo. Se trataría, en definitiva, de una crisis de conciencia entre cuyos ingredientes esenciales cabría destacar la avaricia, el egoísmo, el narcisismo, la paranoia y abundantes trazos psicopáticos, como la falta de sentido de alteridad, de responsabilidad, de integridad, de visión sistémica, ecológica y a largo plazo. Ingredientes todos ellos que nos hacen dignos de un buen psicoanálisis del conjunto de la especie con especial énfasis en aquellos que son los responsables de gobernarla, aquellos que han sido depositarios de la confianza del resto. Gandhi lo expresó como pocos en el aforismo que abre este prólogo.

También el célebre profesor de economía de Harvard John Kenneth Galbraith en su lúcido ensayo *La economía del fraude inocente* advertía en el año 2004: «Medir el progreso social casi exclusivamente por el aumento en el PIB, esto es, por el volumen de la producción influida por el productor es un fraude, y no es pequeño». Quizás ya ha llegado el

momento de que amplíemos los indicadores del desarrollo económico con otros que nos hablen del estado psicológico de las personas que crean, viven y disfrutan o sufren de esa economía. Porque la economía, más que cifras, es personas. Hemos llegado a asumir que tenemos una economía sana en la medida en que producimos y consumimos de manera creciente. Estamos «sanos económicamente» a partir de lo que generamos y devoramos, y se mide nuestra riqueza mediante «macroindicadores» que nos alejan de lo humano, de lo cotidiano, de lo doméstico, de lo real. De todo ello se podría desprender que desde los modelos económicos actuales la persona es algo secundario y el protagonismo lo adquiere por un lado el «consumidor» (el que consume, gasta, devora, come, etcétera) o el ser humano comprendido únicamente como medio de producción. Hoy son «las cosas» las que miden el «éxito» del sistema (vehículos matriculados, superficies construidas, toneladas consumidas...) y la persona reducida a elemento productivo y de consumo es la que avala un aparente éxito que ha estallado en forma de una crisis que necesariamente nos llevará a un nuevo paradigma. Aunque ésta será la primera de una secuencia de otras crisis mayores cuya finalidad será tomar conciencia de obviedades tan evidentes como que no podemos tener un crecimiento económico ilimitado en un mundo limitado. Nuevos modos de pensar, actuar, comunicar,

crear y transaccionar llegarán si queremos sobrevivir a largo plazo como especie.

Nadie desea el sufrimiento, la tragedia o la desgracia. Nadie, servidor el primero, desea el dolor que genera una situación crítica. Pero parece ser que como especie no sabemos aún cómo contener o evitar las crisis. Es necesario que se expanda mucho más la conciencia y que ésta, en forma de ley, ponga coto a los ladrones de guante blanco que campan aún a sus anchas, y que incluso asesoran a presidentes de gobierno que saben bien que éstos, sus asesores, se han enriquecido ilícita y obscenamente a costa de arruinar a una masa ingente de personas trabajadoras (por favor, si no la has visto, no te pierdas el documental/película *Inside Job*; no tiene desperdicio).

Una crisis, toda crisis, ya sea de salud, de pareja, económica o de cualquier naturaleza admite en principio reversibilidad si se actúa rápido, bien, con rigor y conciencia «cribando» aquello que ya no debe prevalecer y dando nacimiento «crisálida» a un nuevo entorno en el que una vez aplicados nuevos hábitos y criterios se pone fin al momento difícil. Pero toda crisis que no es gestionada a tiempo deviene en desgracia o en tragedia. La crisis, por definición, admite reversibilidad. La desgracia o la tragedia, no.

Decía Santo Tomás: «A toda crisis se llega desde el vicio; de toda crisis sólo se sale con la virtud». El momento actual requiere sobre todo de valores y co-

raje. Porque lo contrario a los valores es la miseria. La miseria entendida desde su origen etimológico que determina la incapacidad de amar; por tanto, miserable es quien ni puede ni sabe amar. Por eso tenemos que empezar a enderezar el camino: todos podemos hacer algo en nuestro día a día. Tendremos que emprender el camino de las acciones cotidianas, de cultivar todo aquello que no se ve: actitudes, principios, paradigmas y esencialmente valores. Y de ser muy conscientes de qué compramos y a quién, dónde ponemos nuestro dinero y qué uso se hace de él. Nuestra indignación debe traducirse en pequeñas y grandes acciones. Las pequeñas, en lo cotidiano, podrían cambiar la realidad en un instante. Las mayores reforzarían las primeras. Y a todo ello cabría añadir una buena dosis de pedagogía sobre la inteligencia ética y espiritual, no dogmática, la que promueve el respeto a la dignidad y el amor a la vida fundamentalmente.

El contexto puede parecer sin esperanza si atendemos a los titulares de los informativos. Las personas interpretamos el mundo a partir de los estímulos que recibimos. Y los medios de comunicación básicamente generan economía de atención a partir de la gestión del miedo y la adrenalina. Y cierto que hay muchos problemas por resolver, muchas cosas por hacer, pero también hay gente extraordinaria, gente anónima, que no tiene ni un titular ni una columna. Y estas personas hacen que las cosas funcionen. Porque hace mu-

cho más ruido un árbol que cae que mil millones de árboles que crecen. Y hace mucho más ruido una bomba que mil millones de caricias, pero en los titulares sólo nos hablan del árbol caído y de la bomba arrojada, pero la buena gente es la que salvará esta situación, como lo ha venido haciendo siempre.

Como decía el doctor Viktor Frankl, superviviente de Auschwitz, tenemos la responsabilidad y la libertad de dar en cada momento lo mejor de nosotros mismos y de cuestionarnos cómo podemos contribuir en lo individual y en lo colectivo hacia una transformación positiva de nuestro entorno, una evolución global, partiendo de un pequeño gesto, una suma de actitudes que devienen en nuevos hábitos, una suma de hábitos que forjan un carácter, una suma de caracteres que cambian una sociedad, una nueva sociedad que define un nuevo destino.

El trabajo que nos queda por hacer no es baladí. La cultura, la formación, la palabra, la conciencia encarnada en una ley justa y verdadera son el único camino hacia la calidad humana, ecológica y social. La legalidad debe estar al servicio de la moralidad. Sólo con ellos podemos evitar el abuso, la estafa, el saqueo, el robo, la ignominia, causas de esta crisis. Sólo la buena gente hará buena esta crisis. La buena gente que sabrá elegir bien lo que compra y lo que vota, en quién confía, qué elige, qué leyes promueve, a qué se debe poner coto.

Mejoraremos el mundo, nos convertiremos en su alma, sabremos al final que la economía tiene que estar al servicio de la humanidad y no al revés. Llegará un día en que acabaremos con los «paraísos» fiscales, como, por ejemplo, acabamos con los campos de exterminio de Auschwitz, Belzec, Sobibor, Stutthof, Sachsenhausen y Ravensbrück, Treblinka y tantos otros. Hemos sabido acabar en otras ocasiones con el dolor, la injusticia y el sufrimiento. Sabemos lo que hay que hacer. Sólo falta hacerlo.

Porque esta crisis nos llevará, tarde o temprano, a una revolución de la conciencia. Eso o estaremos condenados al marasmo global. Y no somos tan estúpidos. Hasta aquí hemos llegado. Seguiremos remando, con amor, por lo que tiene sentido, por los que amamos, por esta bella tierra que nos da la vida. Ojalá ésta sea finalmente una buena crisis, crisálida, crisol.

Álex Rovira Celma

Carta 1

Gracias, Crisis

«Nuestros momentos de más lucidez suelen tener lugar cuando nos sentimos profundamente incómodos, infelices o insatisfechos. Pues es en estos momentos, empujados por nuestra insatisfacción, cuando salimos del camino trillado y empezamos a explorar maneras diferentes de hacer algo o respuestas más certeras».

M. SCOTT PECK, *Un camino sin huellas*

Estimado amigo:

Quizá has fruncido el ceño con la frase que encabeza esta misiva. ¿Agradecer las vicisitudes, preocupaciones, desplomes, cancelaciones de planes, sustos —por qué no llamarlos por su nombre— de este periodo de oscuridad económica y de posibilidades